



# Chris CARTER

# EL VERDUGO

Te matará de miedo



**Chris  
CARTER**

**EL VERDUGO**

**Te matará de miedo**



# EL VERDUGO

El verdugo

Título original: The Executioner

© 2010 Chris Carter. Reservados todos los derechos.

© 2021 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción Aldo Giacometti,

© Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1173-3

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

# DEDICATORIA

*Para Samantha Johnson... siempre*

# AGRADECIMIENTOS

Aunque escrita por un solo individuo, he descubierto que una novela nunca es el logro de uno solo.

Muchas personas contribuyeron con esta obra de maneras distintas y generosas y, aunque una simple página de agradecimientos no pueda expresar completamente mi gratitud, me gustaría que supieran que esta novela nunca hubiera sido posible sin ellos.

Tengo una deuda especial con Samantha Johnson por su amor, su paciencia imperecedera, su comprensión y por estar allí en cada paso del recorrido. Los agentes más extraordinarios que cualquier autor podría desear, Darley Anderson y Camilla Bolton. Son de hecho mis ángeles de la guarda literarios. Siguiendo con el tema de los ángeles, mi más sincero agradecimiento también va para toda la Agencia Literaria Darley Anderson –los extremadamente trabajadores Ángeles de Darley–. Gracias, también, al magnífico equipo de profesionales creativos y talentosos de Simon & Schuster UK por todo su trabajo incesante. A mi fantástica editora personal, Kate Lyall Grant, y a mis increíbles editores, Ian Chapman y Suzanne Baboneau, mi eterna gratitud.

También me gustaría agradecerles a todos los lectores y a todas las personas que me han apoyado de manera tan fantástica desde la publicación de mi primera novela.

# UNO

-Es irónico que la única certeza en la vida sea la muerte, ¿no lo crees? -La voz del hombre era tranquila. Su postura, relajada.

-Por favor... no tienes por qué hacerlo. -Por el contrario, el hombre en el suelo estaba petrificado y exhausto. Su voz estrangulada por lágrimas y sangre. Estaba desnudo y temblando. Sus brazos estaban estirados por encima de su cabeza, encadenados por las muñecas a la pared de ladrillo a la vista.

La sala oscura del sótano había sido transformada en un calabozo de aspecto medieval, con las cuatro paredes provistas de grilletes de metal pesado. Un nauseabundo olor a orina flotaba en el aire y un incesante zumbido llegaba de una caja grande de madera en el rincón, colocada allí por el atacante. La sala estaba insonorizada y era a prueba de escape. Una vez encerrado adentro, no había manera de salir a no ser que alguien te dejara salir.

-No importa cómo has vivido tu vida -continuó el otro hombre, ignorando al hombre sangrante-. No importa cuán rico eres, las cosas que has logrado, a quiénes conoces o cuáles son tus deseos. Al final a todos nos pasará lo mismo... todos moriremos.

-No, Dios, por favor.

-Lo que importa es cómo morimos.

El hombre en el suelo tosió, escupiendo una fina rociada roja de sangre.

-Algunas personas mueren naturalmente, sin dolor, al llegar al final de un ciclo natural. -El hombre se rio con una risa extraña y gorjeante-. Algunas personas sufren durante años enfermedades incurables, luchando cada minuto para sumarles

solo unos pocos segundos más a sus vidas.

-Yo... yo no soy rico. No es mucho lo que tengo, pero lo que sea que tengo te lo puedes quedar.

-Shhh. -El hombre se acercó un dedo a los labios antes de susurrar-: No necesito tu dinero.

Otra tos. Otra rociada de sangre.

Una sonrisa malvada separó los labios del agresor.

-Algunas personas mueren muy despacio -continuó. Su voz era fría-. El dolor de la muerte puede estirarse durante horas... días... semanas... Si sabes lo que estás haciendo, no hay límite, ¿lo sabías? -Hizo una pausa.

Hasta entonces, el hombre encadenado no había notado la pistola de clavos en la mano del atacante.

-Y yo sé muy bien lo que estoy haciendo. Permíteme demostrarte. -Pisó el hueso que sobresalía del tobillo fracturado de la víctima, se agachó y disparó velozmente tres clavos en la rodilla derecha del hombre. Un intenso dolor se lanzó hacia arriba por la pierna de la víctima y le succionó el aire de los pulmones, nublándole la vista por varios segundos. Los clavos eran de tan solo tres pulgadas de largo. No lo suficientemente largos como para hacer un agujero hasta el otro lado, pero lo suficientemente filosos como para destrozarse hueso, cartílago y ligamentos.

El hombre encadenado respiró de manera rápida y poco profunda. Intentó hablar a través del dolor:

-Por... Por favor. Tengo una hija. Está enferma. Sufre una rara enfermedad y yo soy todo lo que ella tiene.

La extraña risa gorjeante llenó otra vez la sala.

-¿Crees que me importa? Déjame demostrarte cuánto me importa. -Tomó entre sus dedos la cabeza de uno de los clavos incrustados en la rodilla del hombre y, como usando un destornillador para abrir una lata de pintura, despacio lo forzó



hacia un lado tanto como le fue posible. El sonido crujiente era el mismo que al pisar vidrio roto.

La víctima rugió al sentir cómo el metal molía el hueso. El atacante aplicó apenas la fuerza suficiente como para vencer la resistencia y astillar la rótula. Fragmentos de hueso perforaron nervio y músculo. Las náuseas recorrieron el cuerpo del hombre encadenado. Su asaltante le abofeteó el rostro varias veces para impedir que se desmayara.

-Quédate conmigo -susurró-. Quiero que disfrutes cada instante de esto. Hay más por venir.

-¿Por qué... por qué lo estás haciendo?

-¿Por qué? -El hombre se lamió los labios agrietados y sonrió-. Te mostraré por qué. -Sacó de su bolsillo una foto y la sostuvo a centímetros del rostro del hombre encadenado.

Los ojos del hombre se posaron confundidos sobre la foto durante varios segundos.

-No entiendo. ¿Qué...? -Se quedó helado cuando finalmente se dio cuenta de qué era lo que estaba mirando-. ¡Oh Dios mío!

Su torturador se aproximó, los labios casi tocando la oreja derecha del hombre sangrante.

-Adivina qué -susurró mientras miraba la caja de madera en el rincón-. Yo sé qué es lo que te mata de miedo.

# DOS

Faltaba más o menos una semana para Navidad y Los Ángeles estaba acogiendo el espíritu festivo. En todas partes las calles y los escaparates estaban decorados con luces de colores, Papás Noel y nieve falsa. A las 5:30 a.m. el viaje en coche a través de Los Ángeles sur se sentía horriblemente tranquilo.

El frente blanco de la pequeña iglesia brillaba contra los nogales de California altos y desnudos a ambos lados de la puerta de madera abovedada. Escenario de tarjeta postal. Salvo por los agentes de policía que daban vueltas alrededor del edificio y la cinta amarilla de seguridad que mantenía a una distancia prudente a los espectadores curiosos.

Unas nubes oscuras se empezaron a amontonar en el momento en el que Robert Hunter se apeó del coche, estiró el cuerpo y se sopló en las manos antes de subirse el cierre de la chaqueta de cuero. Basándose en el vigorizante y frío viento del Pacífico y analizando el cielo, Hunter supo que la lluvia estaba a tan solo unos pocos minutos de distancia.

La Sección Especial de Homicidios de la División de Homicidios y Robos del Departamento de Policía de Los Ángeles es una rama especializada. Trata los casos de asesinos seriales y casos de homicidios notorios que requieren mucho tiempo y pericia. Hunter era su detective más consumado. Su joven compañero, Carlos Garcia, había trabajado duro para llegar a ser detective, y lo había conseguido más rápido que la mayoría. Asignado primero a la Oficina Central del Departamento de Policía de Los Ángeles, había pasado algunos años capturando miembros de pandillas, ladrones armados y vendedores de drogas en el noreste de Los Ángeles antes de que le ofrecieran un puesto en la Sección Especial de Homicidios.

Mientras prendía la placa al cinturón, Hunter vio a Garcia hablando con un agente joven. A pesar de que era muy temprano, Garcia tenía aspecto brillante y alerta. Su cabello largo y oscuro aún estaba húmedo de la ducha matutina.

-¿No se suponía que hoy tuviéramos el día libre? -dijo Garcia en voz baja cuando Hunter se les acercó-. Tenía planes.

Asintiendo con la cabeza Hunter saludó con un silencioso “buen día” al agente, que le devolvió el gesto.

-Somos la Especial de Homicidios, Carlos. -Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta-. Palabras como “día libre”, “aumento de sueldo”, “descansos” y “vacaciones” no se aplican para nosotros. Ya deberías saberlo.

-Estoy aprendiendo rápido.

-¿Ya has estado adentro? -preguntó Hunter al mismo tiempo que sus ojos azul pálido se enfocaban en la iglesia.

-Acabo de llegar.

Hunter encaró al joven agente:

-¿Tú?

Un metro noventa y constitución fuerte, se pasó nerviosamente la mano por el cabello corto y negro bajo la mirada atenta de Hunter.

-Yo tampoco he estado adentro, señor, pero aparentemente no es un espectáculo agradable. ¿Ve a esos dos que están allí?

-Señaló a dos agentes de policía que tenían la cara pálida y estaban de pie a la izquierda de la iglesia-. Fueron los primeros en llegar. Oí que les llevó menos de veinte segundos salir de allí corriendo y vomitar por todos lados. -Miró mecánicamente su reloj-. Llegué aquí cinco minutos después que ellos.

Hunter se masajeó la parte de atrás del cuello, sintiendo la cicatriz áspera y rugosa en la nuca. Sus ojos recorrieron a la multitud que ya se empezaba a reunir detrás de la cinta amarilla.

-¿Tienes una cámara de fotos? -le preguntó al agente, que negó con la cabeza, frunciendo el ceño-. ¿Y una cámara de teléfono?

-Sí, mi teléfono móvil tiene cámara. ¿Por qué?

-Quiero que saques algunas fotos de la gente.

-¿La gente? -preguntó el agente, confundido.

-Sí, pero hazlo discretamente. Intenta que parezca que estás sacando fotos de la escena del crimen de la parte de afuera de la iglesia o algo así. Intenta abarcar a toda la multitud. Y desde distintos ángulos. ¿Crees que lo puedes hacer?

-Sí, pero...

-Confía en mí -dijo Hunter serenamente-. Luego te explicaré.

El agente asintió ansiosamente antes de ir hacia adentro del vehículo a buscar su teléfono móvil.

# TRES

-Los buitres ya están aquí -observó Garcia mientras se acercaban a la cinta amarilla. Detrás de ellos, los reporteros se abrían paso hasta la primera fila de la multitud, los flashes de las cámaras explotaban cada pocos segundos-. Creo que les avisan antes que a nosotros.

-Así es -confirmó Hunter-, y además pagan muy bien por la información.

El policía que estaba de pie del otro lado de la cinta asintió mientras Hunter y Garcia pasaban por debajo.

-Detective Hunter -gritó un reportero bajo, redondo y pelado-. ¿Crees que es un asesinato religioso?

Hunter se giró para quedar de frente al escuadrón de reporteros. Comprendía su aprensión. Dentro de la iglesia a alguien le habían robado la vida, y todos ellos sabían que si le habían asignado el caso a Robert Hunter, el asesino había utilizado una violencia enorme.

-Acabamos de llegar, Tom -respondió Hunter de manera ecuánime-. Ni siquiera hemos entrado aún. En este momento probablemente ustedes saben más que nosotros.

-¿Podría ser obra de un asesino en serie? -preguntó una morena alta y atractiva. Vestía un abrigo grueso de invierno y tenía en la mano una pequeña grabadora. Hunter nunca la había visto.

-¿Tartamudeé? -murmuró, mirando a Garcia-. Esta vez lo diré más lento para aquellos de ustedes a los que les cuesta seguir el ritmo. -Miró fijo a la morena-. Acabamos-de-llegar. No-hemos-estado-dentro-aún. Y ustedes saben cómo funciona. Si quieren algún tipo de información, tendrán que esperar a la conferencia de prensa oficial de la policía. Si es que *hay*.

La morena le devolvió la mirada a Hunter antes de desaparecer hacia el fondo de la multitud.

Un agente del laboratorio de criminología esperaba en los gastados escalones de piedra de la entrada de la iglesia, listo para darles a Hunter y a García monos Tyvek blancos.

Cuando estaban entrando, los alcanzó el olor. Una combinación de transpiración, madera vieja y el hedor metálico y punzante de la sangre.

Dos largas hileras de bancos de roble rojo estaban separadas por un pasillo angosto que iba desde la entrada hasta los escalones del altar. Un día ajetreado, la Iglesia Católica de los Siete Santos podía recibir cerca de doscientos fieles.

Su pequeño interior estaba brillantemente iluminado por dos focos forenses grandes montados en pedestales de metal separados. Visto bajo ese resplandor antinatural todo era duro y clínico. Al final del pasillo tres agentes del laboratorio de criminología tomaban fotos y recogían el polvo de cada centímetro del altar y del confesionario que estaba a la derecha.

La puerta se cerró detrás de ellos. Hunter sintió la ansiedad que venía con los primeros pasos dentro de cada nueva escena de asesinato.

Al oír que se acercaban, los agentes del laboratorio de criminología hicieron una pausa y alzaron la vista de manera incómoda. Los dos detectives caminaron hacia ellos, deteniéndose ante los escalones del altar.

Había sangre por todos lados.

-¡Jesús! -murmuró García, cubriéndose la boca y la nariz con ambas manos-. ¿Qué demonios es eso?

# CUATRO

El invierno en la Ciudad de los Ángeles es templado en comparación con la mayor parte de Estados Unidos. La temperatura raramente baja de los diez grados centígrados, pero para los residentes de Los Ángeles eso es con seguridad lo suficientemente frío. Para las 5:45 a.m. había empezado a caer una llovizna fría. El agente de policía Ian Hopkins limpió el teléfono móvil en la manga de la chaqueta del uniforme antes de disparar otra foto de los espectadores fuera de la iglesia.

-¿Qué demonios estás haciendo? -le preguntó Justin Norton, uno de los dos agentes que habían llegado primeros a la escena.

-Tomando fotos -respondió Hopkins de manera irónica.

-¿Por qué? ¿Tienes algún fetiche morboso por las escenas del crimen o algo así?

-La Especial de Homicidios me pidió que lo haga.

El agente Norton miró a Hopkins de manera sarcástica:

-Bueno, no sé si lo habrás notado, pero la escena del crimen está de aquel lado. -Pasó su pulgar sobre el hombro para señalar la iglesia detrás de él.

-El detective no quiere fotos de la iglesia. Quiere fotos de la gente.

-¿Te dijo por qué? -Esta vez con el ceño fruncido de manera preocupada.

Hopkins negó con la cabeza.

-¿Y por qué sostienes la cámara a la altura del pecho en vez de levantarla hasta tus ojos?

-No quiere que la gente sepa que le estoy sacando fotos. Solo intento ser discreto.

-Estos detectives de la Especial de Homicidios... -Norton golpeó el índice izquierdo contra el costado de su cabeza-.

Están jodidos de la cabeza, ¿sabes a lo que me refiero?

Hopkins respondió al comentario encogiéndose de hombros:

-De todos modos creo que ya tengo suficientes. Además de que esta lluvia me va a estropear el teléfono si no tengo cuidado.

Ey... -dijo cuando Norton se empezaba a alejar-. ¿Qué sucedió allí dentro?

Norton se giró despacio y clavó los ojos en los de Hopkins:

-Eres nuevo en la fuerza, ¿no es así?

-Esta semana se cumplirán tres meses.

Norton le sonrió de manera vulgar:

-Bueno, yo he sido policía por más de siete años -dijo serenamente, tirando de su gorra hacia abajo, por encima de los ojos-. Créeme, esta ciudad me ha echado bastante mierda en el camino, pero nada como lo que hay allí dentro. Hay algunas personas malvadas en esta ciudad. Por tu propio bien, toma las fotos y pasa a tu siguiente tarea. No quieres la imagen de lo que está allí dentro grabada en tu memoria justo al comienzo de tu carrera. Confía en mí.



# CINCO

Hunter se quedó de pie perfectamente quieto. Absorbiendo la escena con los ojos a medida que la adrenalina inundaba sus sentidos. Sobre el piso de piedra justo fuera del confesionario, rodeado por un charco de sangre, yacía de espaldas el cuerpo decapitado de un hombre delgado y de estatura media ataviado con una sotana de cura. Había sido colocado así de manera intencional. Las piernas estaban extendidas. Los brazos cruzados sobre el pecho. Pero Hunter tenía puesta su atención en la cabeza.

Una cabeza de perro.

La habían puesto en un palo de madera y luego la habían encajado en el muñón del cuello, haciendo que el cuerpo que estaba en el suelo pareciera una mutación grotesca humano/perro.

Los labios del perro eran púrpura oscuro. La lengua larga y flaca estaba manchada de negro con sangre y colgaba hacia la izquierda de su boca deforme. Los ojos estaban bien abiertos y eran de un blanco apagado y lechoso. El pelo corto estaba cubierto de un rojo oscuro. Hunter dio un paso adelante y se agachó junto al cuerpo. No era un experto en razas de perros, pero podía distinguir que la cabeza que habían usado era la de un perro callejero.

-Un cuadro impactante, ¿no? -preguntó Mike Brindle, el agente forense líder en la escena, al aproximarse a los dos detectives.

Hunter se puso de pie para quedar frente a él. Garcia mantuvo la vista en el cadáver.

-Hola, Mike -respondió Hunter.

Brindle tenía poco menos de cincuenta años, era delgado como

un palo y alto como una puerta. Sin lugar a duda uno de los mejores agentes forenses que Los Ángeles tenía a disposición.

-¿Cómo va el insomnio? -preguntó Brindle.

-Igual que siempre -respondió Hunter encogiéndose de hombros.

El insomnio crónico de Hunter no era ningún secreto. Había comenzado moderadamente luego de la muerte de su madre cuando él tenía siete años. A medida que pasó el tiempo se intensificó. Hunter sabía que no era más que el mecanismo de defensa de su cerebro para no tener que lidiar con las horribles pesadillas. En vez de luchar contra el insomnio, simplemente aprendió a vivir con él. Podía sobrevivir con tres horas de sueño por noche, de ser necesario con dos.

-¿Qué tenemos? -preguntó Hunter con voz serena.

-Acabamos de comenzar. Llegamos hace quince minutos, por lo que por el momento sé lo mismo que vosotros, con una excepción. -Brindle señaló el cuerpo-. Parece que ese solía ser el padre Fabian.

-¿Parece? -Instintivamente Hunter le permitió a su mirada recorrer el área-. ¿Aún no han encontrado la cabeza?

-Aún no -respondió Brindle, lanzando una mirada inquisitiva hacia los otros dos agentes del laboratorio de criminología, que negaron con la cabeza.

-¿Quién encontró el cuerpo?

-El monaguillo, el hermano algo. Cuando llegó a la iglesia esta mañana le recibió esto que ves aquí.

-¿Dónde está?

-En la parte de atrás -respondió Brindle ladeando la cabeza-. Hay un agente con él, pero como es de esperar está un poco en shock.

-¿Hora aproximada de la muerte?

-El rigor mortis está avanzado. Diría que en algún momento

entre hace ocho y doce horas. Definitivamente anoche. No esta mañana.

Hunter se arrodilló y examinó un poco más el cuerpo:

-¿Ninguna herida defensiva?

-No. -Brindle negó con la cabeza-. Parece que la víctima no tiene ninguna otra herida de ningún tipo. Fue asesinado velozmente.

Hunter llevó su atención hacia el rastro de sangre que comenzaba en el cuerpo y subía los escalones hacia el altar.

-No se pone para nada mejor una vez que subes allí -comentó Brindle al seguir la mirada de Hunter-. De hecho, diría que se pone más complicado para vosotros.

# SEIS

Garcia sacó los ojos de encima del cadáver y miró al agente:

-¿Eso qué significa?

Brindle se rascó la nariz y lo miró:

-Bueno, sois vosotros quienes tenéis que descubrir qué significa todo esto. El patrón de sangre se desparrama allí arriba... -Negó con la cabeza, reflexionando- no parece aleatorio.

-¿Sangre humana? -preguntó Hunter.

-¿En lugar de sangre de perro? -replicó Brindle, señalando la cabeza del perro.

-A-ha.

-Aún no lo puedo decir con seguridad. Difícil distinguir con solo mirar. Sus propiedades son bastante similares.

Hunter trepó los escalones del altar con un movimiento limpio. Garcia y Brindle fueron detrás. El lugar estaba cubierto de sangre, pero Brindle estaba en lo cierto, definitivamente había un patrón. Una especie de simetría. Sobre el suelo, una marca carmesí delgada y continua formaba un círculo alrededor del altar. En la pared que estaba directamente detrás, había una salpicadura diagonal larga e irregular, como si alguien hubiera hundido un pincel en la sangre y lo hubiese sacudido contra la pared. Cientos de salpicaduras más pequeñas mancillaban el en algún momento pulcro mantel blanco del altar.

-Por lo general cuando la distribución de sangre cubre un área tan expandida, se debe a uno de dos tipos de luchas -explicó Brindle-. Una pelea, en la cual las dos partes involucradas dan vueltas golpeándose el uno al otro y sangrando por todas partes, o una víctima herida esforzándose

por escaparse de su atacante.

-Las salpicaduras no coinciden con una situación de lucha o una pelea por escapar -dijo Hunter, analizando el patrón-. La distancia entre las manchas, las formas, es todo demasiado simétrico, casi calculado. Este rastro de sangre lo creó intencionalmente el asesino, no la víctima -agregó tranquilo.

-Estoy de acuerdo -dijo Brindle, cruzándose de brazos-. No fue una pelea, y el padre Fabian no tuvo la oportunidad de escaparse de nada.

-Lo que no termino de entender es que si al cura lo mataron allí abajo... -Garcia señaló el cuerpo- ¿cómo llegó toda esta sangre hasta aquí arriba?

Brindle se encogió de hombros.

Hunter se aproximó al altar y caminó cuidadosamente alrededor, analizando el delgado rastro de sangre en el suelo. Se detuvo al terminar una vuelta completa.

-¿Cuánto mides, Mike?

-Uno noventa y tres, ¿por qué?

-¿Y tú, Carlos?

-Uno ochenta y ocho.

-Ven aquí. -Hunter le indicó a Garcia que se acercara-. Camina conmigo lentamente -le dijo a su compañero cuando estuvo junto a él-. Quédate más o menos a treinta centímetros de la huella. Y camina de manera natural. Empieza justo aquí. -Hunter indicó un punto en el suelo exactamente detrás del centro del altar.

Los otros dos agentes del laboratorio de criminología dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se le unieron a Mike Brindle junto a uno de los focos.

Garcia había dado tan solo cuatro pasos cuando Hunter le pidió que se detuviera. Agachándose, corroboró de manera rápida la posición del pie de Garcia en relación con la huella

antes de permitirle continuar. Cuatro pasos después, Hunter detuvo a Garcia una vez más. Cuatro pasos después de eso, el círculo quedó completo.

-Doce pasos en total -dijo Garcia con una mirada intrigada.

Hunter le dijo a Brindle que se acercara y le pidió que hiciera lo mismo que acababa de hacer Garcia.

-Para mí once pasos -dijo Brindle cuando llegó al punto de partida luego de completar el círculo.

-Yo diría que el asesino tiene la misma altura que Garcia -concluyó Hunter-. Uno ochenta y ocho, un centímetro más un centímetro menos.

# SIETE

La mirada fija e inquisitiva de Brindle se detuvo durante un momento en el rastro de sangre antes de moverse hacia Hunter:

-¿Y cómo llegaste a esa conclusión? -preguntó.

-Por estas salpicaduras que se separan aquí. -Hunter señaló dos puntos distintos en el suelo alrededor del altar donde varias gotas de sangre creaban una línea de unos treinta centímetros de largo que se separaba hacia fuera del rastro circular.

Los otros dos agentes del laboratorio de criminología se unieron a Brindle.

-No sigo la idea -dijo uno de ellos.

-Si tuvieras que dibujar un círculo de sangre alrededor de este altar, pero no tuvieras un pincel, ¿qué harías? -preguntó Hunter.

-Con esta cantidad de sangre -propuso el agente del laboratorio, mirando el charco que rodeaba el cuerpo- podrías llenar una copa y verterla en el suelo.

-Demasiado complicado -discrepó Hunter-. No podrías controlar el vertido, a no ser que tuvieras un recipiente con un pico.

-Es un rastro de gotas, de todos modos -dijo Brindle con seguridad-. No vertieron la sangre en el suelo. Cayó goteando.

-También yo lo veo así -asintió Hunter.

-Vale. Igualmente, ¿cómo concluyes de eso la altura del sujeto? -insistió el agente del laboratorio.

-Imagínate a alguien caminando alrededor del altar con un pequeño objeto empapado de sangre -explicó Hunter, yendo hacia el frente del altar-. El excedente gotea hacia el suelo.

-¿Un objeto pequeño como una vela? -preguntó el agente de menor estatura, alzando del pabalo una vela del altar a medio

derretir. La mitad inferior estaba manchada de rojo como si la hubieran hundido en un vaso con algo de sangre-. La encontré a la izquierda del altar. -La aproximó, permitiendo que ambos detectives y Brindle le echaran un vistazo.

-Es esto -convino Hunter.

-Ponla en una bolsa -ordenó Brindle.

-Por lo que el asesino sumerge la vela en un poco de sangre y la usa para crear el rastro circular -dijo el agente, colocando la vela dentro de una bolsa de celofán-. ¿Y qué hay con las salpicaduras que se separan hacia fuera?

-Una vela no es lo suficientemente absorbente -explicó Hunter-. Solo puede cargar una cantidad de sangre muy limitada antes de dejar de gotear.

-Por lo que el asesino tenía que volver a sumergirla -confirmó Garcia.

-Exacto.

Brindle lo pensó durante unos segundos:

-Por lo que llegaste a la conclusión de que el asesino conseguía hacer solo cuatro pasos antes de volver a sumergir la vela en la sangre.

Hunter asintió:

-Yo diría que sostenía cerca de su cuerpo el recipiente con sangre. Las líneas que se separan son los goteos que van del recipiente con sangre de vuelta al rastro.

-Y se dan exactamente cada cuatro pasos de Garcia -concluyó Brindle.

Hunter asintió una vez más:

-Tus pasos iban más allá y los míos quedaban más acá de la marca. Yo mido uno ochenta y tres.

-¿Pero por qué crear este círculo alrededor del altar?

-preguntó Garcia-. ¿Alguna especie de ritual?

No hubo respuesta. Todos se quedaron en silencio durante un



rato.

-Como he dicho... -Brindle rompió el silencio- vosotros sois quienes tendréis que descubrir qué significa todo esto. Las salpicaduras de sangre, la cabeza de perro incrustada en el cuello del cura... Parece como que el asesino está intentando dar un mensaje.

-Sí, y el mensaje es *Soy un maldito psicópata* -murmuró Garcia, volviéndose para mirar el cadáver allí abajo.

-¿Ya habéis visto algo como esto, Mike? -preguntó Hunter, ladeando la cabeza hacia el cuerpo-. Me refiero a una cabeza de perro incrustada en el cuello de alguien.

Brindle negó con la cabeza:

-He visto muchas cosas feas y raras, pero esto es la primera vez.

-Tiene que significar algo -dijo Garcia-. No hay manera de que el asesino lo haya hecho por el gusto de hacerlo.

-Supongo que si no han encontrado la cabeza, tampoco han encontrado un arma -dijo Hunter, examinando ahora las salpicaduras de sangre en la pared.

-No por el momento.

-¿Alguna idea de qué podría ser?

-Con suerte, la autopsia podrá responder esa pregunta, pero puedo decirte que el corte es preciso. No tiene rebordes. No hay señales de cortes bruscos. Definitivamente un instrumento muy filoso. Uno que pudiera realizar el corte con un solo movimiento limpio.

-¿Un hacha? -inquirió Garcia.

-Si el asesino es lo suficientemente diestro y fuerte, seguro.

Hunter frunció el ceño mientras volvía a examinar el altar. Además del mantel manchado de sangre, había un solo objeto encima. Un cáliz chapado en oro y adornado con crucifijos de plata. Estaba de costado, como si alguien lo hubiese volteado. La

brillante superficie estaba rociada con sangre. Hunter se inclinó y giró el cuerpo como para ver dentro del cuenco sin tocarlo.

-Hay sangre dentro de este cáliz -dijo mientras sus ojos continuaban analizando la copa sagrada.

-¿Te sorprende? -preguntó Brindle soltando una risita.

-Mira a tu alrededor. Hay sangre por todas partes, Robert. Es como si aquí dentro hubiera explotado una bomba de sangre.

-Yo diría que eso es lo que utilizó el asesino como recipiente con sangre para sumergir la vela -enfaticó Garcia.

-Estoy de acuerdo, pero... -Con la mano izquierda Hunter le hizo un gesto indicándoles que se acercaran. García y Brindle se le unieron, ambos inclinándose hacia delante para tener los ojos a la altura del cáliz. Hunter señaló una marca apenas visible en el borde.

-No lo puedo creer. Parece la marca de una boca -dijo Brindle, sorprendido.

-Esperad un segundo -replicó Garcia abriendo los ojos-.  
¿Pensáis que el asesino bebió la sangre del cura?

# OCHO

La habitación era pequeña, estaba mal iluminada y también desprovista de cualquier lujo. Las paredes estaban empapeladas con un estampado opaco azul y blanco y tenían colgados varios dibujos religiosos enmarcados. Contra la pared que daba al este había una biblioteca alta de caoba con anticuados libros de tapa dura. A la derecha de la puerta de entrada, la habitación se extendía hacia una pequeña cocina. Un muchacho con aspecto aterrorizado estaba sentado sobre una cama de hierro de una plaza que ocupaba el espacio entre la cocina y la pared del fondo. Era bajo y muy delgado; alrededor de un metro setenta, con un mentón estrecho, ojos marrones muy pequeños y muy juntos y la nariz como pellizcada.

-Seguiremos nosotros a partir de aquí. Gracias -le dijo Hunter al agente que estaba de pie junto a la biblioteca mientras él y Garcia entraban a la habitación. El muchacho no pareció advertirlos. Tenía la mirada adherida en la taza de café intacta que tenía en las manos. Tenía los ojos inyectados de sangre e hinchados de llorar.

Hunter vio una tetera sobre un anafe con dos hornallas.

-¿Te sirvo otra taza de café? La que tienes parece haberse enfriado -preguntó, cuando se hubo ido el agente.

El muchacho finalmente alzó la vista con ojos aterrorizados:

-No, señor. Gracias. -Su voz era un susurro.

-¿Te molesta si me siento? -preguntó Hunter, acercándose un paso.

Una tímida sacudida de la cabeza.

Se sentó en la cama junto al muchacho. Garcia decidió quedarse de pie.

-Mi nombre es Robert Hunter. Soy detective de la División de Homicidios. Ese tipo alto y feo que está allí es mi compañero, el detective Carlos Garcia.

Un esbozo de sonrisa se asomó a los labios del muchacho mientras sus ojos le echaban un vistazo oblicuo a García. Se presentó como Hermano Cordobes.

-¿Preferirías que habláramos en español, *muchacho*?

-preguntó Hunter, inclinándose hacia delante para imitar la postura de Hermano. Ambos codos apoyados en las rodillas.

-No, señor. Inglés está bien.

Hunter respiró, aliviado:

-Me alegra, porque *muchacho* es casi la única palabra que sé en español.

Con esto sí consiguió romper el hielo y el muchacho les entregó una sonrisa completa.

Durante los primeros minutos hablaron acerca de cómo Hermano había llegado a ser el monaguillo en la iglesia de los Siete Santos. El padre Fabian lo había encontrado mendigando en la calle cuando tenía siete años. Acababa de cumplir catorce hacía dos semanas. Explicó que había escapado de la casa y de un padre violento cuando tenía diez años.

La luz del amanecer había comenzado a entrar a la habitación a través de las viejas cortinas que cubrían la ventana justo detrás de la cama de Hermano cuando Hunter decidió que el muchacho estaba lo suficientemente relajado. Era momento de ponerse serios.

# NUEVE

-¿Puedes repasar para mí lo que pasó esta mañana? -preguntó Hunter con voz serena.

Hermano lo miró y su labio de abajo tembló:

-Me levanté a las cuatro y cuarto, me duché, recé y fui hacia la iglesia a las cinco menos cuarto. Siempre llego aquí temprano. Me tengo que asegurar de que todo esté correctamente preparado para la primera misa a las seis treinta.

Hunter sonrió amablemente, permitiéndole continuar a su propio ritmo.

-Tan pronto como entré a la iglesia supe que algo no andaba bien.

-¿Cómo es eso?

Hermano se llevó la mano derecha a la boca y mordió lo que quedaba de una uña:

-Unas pocas velas estaban aún encendidas. El padre Fabian siempre se asegura de que todas estén apagadas luego de cerrar la iglesia.

-¿El padre Fabian siempre cerraba él mismo la iglesia?

-Sí. -Empezó a morderse otra uña-. Era el único momento del día en el que tenía toda la iglesia solo para él. Le gustaba eso.

-La voz de Hermano se apagó mientras le empezaban a rodar unas lágrimas por las mejillas.

Hunter buscó un pañuelo de papel en el bolsillo de la chaqueta.

-Gracias, señor. Lo lamento...

-No hay necesidad de lamentarlo -dijo Hunter comprensivamente-. Tómate tu tiempo. Sé lo difícil que es.

Hermano se secó las lágrimas del rostro y respiró hondo otra vez:

-Me di cuenta de que el altar estaba hecho un desorden. Los portavelas estaban en el suelo. El cáliz estaba echado de lado, y el mantel del altar parecía sucio. Manchado con algo.

-¿Viste si había alguien más en la iglesia?

-No, señor. No creo que haya habido alguien más. El lugar estaba tan tranquilo como siempre lo ha estado a esa hora. La puerta del frente estaba cerrada con llave.

-Vale, ¿qué hiciste después de eso? -preguntó Hunter, atendiendo con los ojos cada reacción de Hermano.

-Fui hasta el altar para ver qué estaba sucediendo. Pensé que quizá alguien había entrado a la iglesia y había rociado todo con pintura. Algo así como un grafiti. Este no es el mejor de los vecindarios. Algunas de las pandillas de aquí no respetan nada. Ni siquiera a Nuestro Señor Jesucristo.

-¿Habéis tenido antes aquí problemas con las pandillas?

-preguntó Hunter mientras Garcia verificaba la cocina.

-Eso es lo curioso, señor. Nunca tuvimos ningún problema. Todos querían al padre Fabian.

-¿Alguna entrada forzada? Ya sea en la iglesia o aquí en los dormitorios.

-No, señor. Nunca. No tenemos nada de valor.

Hunter asintió:

-¿Qué sucedió a continuación?

-No sabía qué hacer. Sabía que no había modo de que pudiera tener la iglesia lista y limpia para la misa de las seis treinta. Cuando llegué al otro lado del altar lo vi, en el suelo junto al confesionario. Entré en pánico. Pensé que era el diablo.

-¿El diablo? -Hunter arqueó las cejas.

Hermano estaba llorando otra vez:

-El hombre con cabeza de perro todo cubierto en sangre. Parecía el diablo. Pero era el padre Fabian.

-¿Cómo lo reconociste? -preguntó García.